

16. Unidos en la oración de Jesús

San Benito posee un sentido muy fuerte de la importancia de la oración para la unidad de la comunidad. También es consciente de que la oración común, la oración litúrgica de la Iglesia, la celebración de la Eucaristía y el Oficio Divino representan para nosotros la participación en la oración de Cristo, en la oración de Jesús al Padre en el soplo de amor del Espíritu.

Sería necesario retomar todos los Capítulos de la Regla sobre la oración común para ver cómo, para San Benito y para toda la tradición de la Iglesia, el hombre aprende a orar y, en realidad, solo puede orar "entrando" en la oración de Jesús, solo dejándose llevar y guiar por el Espíritu Santo dentro de la oración del Hijo de Dios.

Por esta razón, la liturgia se vive bien, no tanto y solo si se "hace" bien, o si uno siente sentimientos particulares de fervor, sino si uno la vive con la conciencia de fe que nos introduce en la experiencia de la oración de Jesús. Una experiencia que es progresiva, que tiene sus altibajos, pero que si se vive como una experiencia siempre es positiva, siempre es algo que nos hace crecer. Para nosotros, para cada persona bautizada, orar significa siempre unirnos a Cristo en su ser en la presencia del Padre, es decir, entrar en la relación de adoración, amor, confianza y obediencia del Hijo ante el Padre en el Espíritu.

Recientemente me llamó la atención una frase sencilla, pero esencial, de P. Matta el Meskin, un gran monje egipcio y padre espiritual, que define la oración cristiana como "vivir en la presencia de Dios, conscientes de la unión con Cristo".

Para el cristiano, orar significa, de hecho, entrar en la relación filial con Dios que Jesucristo vino a comunicarnos asumiendo nuestra humanidad. El eterno Hijo del Padre se hizo hombre y vivió su comunión de amor y confianza total con el Padre dentro y a través de nuestra humanidad, incluso de nuestra humanidad herida por el pecado y la muerte. La oración de Jesús agonizante en Getsemaní, el grito de Jesús en la Cruz, "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27,46; Salmo 21,2), muestra cómo la oración del Hijo ha calado hasta el fondo de nuestra condición humana, de nuestra miseria que debe gritar a Dios, rogándole piedad.

La carta a los Hebreos lo expresa con palabras que casi nos escandalizan, por la manera en que atribuyen a la oración de Cristo nuestra pobreza, miseria y angustia: "En los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial" (Heb 5,7).

San Lucas describe la primera aparición pública de Jesús, en el momento de su bautismo en el Jordán, como el surgir de su oración. Antes de hablar para anunciar el Reino de Dios, Jesús aparece en oración, y una oración en la que el Cielo se abre para manifestar toda la Trinidad con Él y sobre Él: "Y sucedió que, cuando todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado; y, mientras oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre él con apariencia corporal semejante a una paloma y vino una voz del cielo: «Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco»" (Lc 3,21-22).

Jesús, Dios hecho hombre, desciende hasta el baño de purificación de "todo el pueblo", que "se hacía bautizar" porque eran conscientes de ser un pueblo de pecadores. Y al salir del agua, toda la Trinidad manifiesta que lo que Cristo ha llevado hasta el fondo de nuestra miserable humanidad es su oración, su estar ante la presencia del Padre que lo ama infinitamente en la ternura dócil y humilde, como una paloma, del Espíritu Santo.

Es como si Lucas se detuviera ante esta imagen, como si parara por un momento el desarrollo de toda la historia que contará en el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles, para que este icono del Bautismo de Jesús se imprima bien en nosotros. Aquí inserta la larga genealogía de Cristo, como para ganar tiempo, para crear silencio y contemplación de esta escena, que tan explícita y tan públicamente no se renovará hasta el momento de la Transfiguración, ya que, en realidad, esta escena, este ícono trinitario, esta teofanía, nunca terminará, permanecerá como la imagen clave que todo el resto del Evangelio y del Nuevo Testamento llevarán a cabo y mostrarán en cada detalle. Todo está contenido en ella, porque aquí toda la Trinidad se manifiesta a sí misma y al mismo tiempo manifiesta toda la misericordia que con Jesús alcanza y salva a toda la humanidad pecadora. Nada más se puede manifestar, ni de Dios ni del hombre, que lo que aquí se esconde y se da.

Pero aquí todo se manifiesta como un tesoro escondido, como una presentación discreta y humilde de Dios en el mundo. Muy pocos notaron en ese momento lo que sucedió en el río Jordán. El Evangelio de Juan nos informa que solo dos discípulos del Bautista han sentido algo, y por esta razón comenzaron a seguir a este hombre que había salido del agua en oración y en el que apareció una extraña paloma y sobre el que resonó una extraña voz del cielo.

Y, sin embargo, en este Jesús que está orando está el tesoro escondido, la perla preciosa por la cual vale la pena dejarlo todo para encontrarlo todo. El tesoro, la perla, es la oración del Hijo de Dios que se convierte en una experiencia posible para los pecadores. Porque esa oración es relación de amor infinito entre el Hijo y el Padre en el Espíritu Santo. Jesús vino, bajó al fondo del abismo de la muerte en el que todos los pecadores se encuentran, para elevarse con nosotros en la intimidad con el Padre. Toda nuestra salvación consiste en entrar en esta experiencia de la oración de Jesús.

Cuando Jesús enseñe el Padre Nuestro, justamente para ayudarnos a entrar en su oración, nos enseñará una oración que, desde lo más profundo de nuestro pecado y nuestra división, se eleva, por así decirlo, hasta que podamos decirle al Padre: ¡Somos tus hijos y Tú eres nuestro Padre! Siempre somos frágiles, caemos en la tentación; estamos llenos de ofensas unos con otros, y nos es difícil perdonarnos los unos a los otros; necesitamos de todo, del pan de todos los días; en resumen: somos humanamente miserables. Y, sin embargo, es precisamente allí donde la oración de Jesús sale a nuestro encuentro, viene a buscarnos, a crear una escalera para ascender al Padre, y esta escalera es el mismo Cristo que reza por nosotros, con nosotros, en nosotros y nosotros en Él.